

Togo había proyectado librar una batalla dividida en siete fases, que no se han hecho públicas en su totalidad. La primera y segunda fases no pudieron llevarse a cabo á causa del mal estado del mar y de la niebla; la tercera consistía en un combate de artillería en la parte S. del mar del Japón, y se cumplió puntualmente; la cuarta, también ejecutada, debía ser un ataque nocturno emprendido por los destroyers y torpederos; la quinta era la reunión de toda la escuadra entre las islas Uleung y los arrecifes de Liancourt, para extenderse desde allí hasta las costas del Japón y cortar el paso á la flota enemiga; los decisivos é inesperados resultados de la batalla hicieron inútil la ejecución de las fases sexta y séptima.

Como consecuencia de la quinta, los pocos barcos que quedaron á las órdenes de Nebogatoff fueron rodeados por toda la armada japonesa, y se rindieron, menos el *Izumrud*. Que los barcos estaban averiados no es una razón convincente que justifique la capitulación, porque no tenían un solo orificio abierto por los proyectiles en la coraza principal; ni las bajas en la tripulación habían sido numerosas; ni los órganos motores estaban en mal estado. Es indudable que rodeados los cuatro barcos de Nebogatoff por los veinte y siete de Togo, solo quedaban dos partidos: rendirse ó irse á pique luchando hasta el postrer momento. En el Japón, la opinión de los marinos se ha mostrado contraria á Nebogatoff, quien—á juicio de aquellos—debiera haber abierto las válvulas Kingston y enviado sus barcos al fondo del mar. De esta opinión debe ser también el gobierno ruso, porque á pesar del deseo manifestado por el gobierno japonés, que quería poner en libertad bajo palabra á Nebogatoff y sus oficiales, el Czar se negó á otorgar su permiso para que el almirante y los oficiales fueran puestos en libertad mediante el empeño de su palabra de honor.

Y realmente, los que sostienen que Nebogatoff debiera haber echado á pique sus barcos, librándolos de caer en poder del enemigo, que ha aumentado así sus fuerzas navales, aducen argumentos de positivo valor. La única razón que pudo oponerse á que Nebogatoff anegara sus barcos es el deseo de evitar nuevos sacrificios de vidas, perdidas sin ventajas para la patria. Pero en la batalla del mar del Japón se salvaron casi en su totalidad las tripulaciones de los barcos rusos que se fueron á pique por efecto del tiro enemigo, y por consiguiente es probable, por no decir seguro, que las tripulaciones de Nebogatoff se hubieran salvado así mismo. Entre otros casos es digno de ser citado el del *Uchakoff*, echado á pique, el día 28, por los cruceros *Ivate* é *Idzumo*, después de un cañoneo de hora y media; de los 422 hombres que componían la dotación del *Uchakoff*, solo perecieron 80.

En suma, aparte del estado del mar y de la posición del sol, circunstancias que se presentaron contrarias á los rusos, y dejando á un lado incidentes y pequeños errores que no influyeron en el resultado general de la batalla, los grandes factores que condujeron al desastre rusos fueron: 1.º, carecer la flota de Rojestvensky de base de operaciones, y operar la de Togo junto á la suya y en un lugar elegido de antemano; 2.º, desconocer los rusos la fuerza, situación y proyectos del enemigo, á la par que éste tenía perfecto conocimiento de lo que hacía la escuadra rusa; 3.º, error cometido por Rojestvensky al mezclar las unidades de su flota, reduciendo así la velocidad á la de los barcos de menor marcha; 4.º, superioridad manifiesta é incontrastable de los artilleros y apuntadores japoneses, obtenida mediante una práctica constante de muchos meses, lo que dió á los cañones de Togo una precisión cuádruple de la enemiga; 5.º, equivocada formación inicial de la escuadra de Rojestvensky, por desconocer la situación de la japonesa y no haber reconocido previamente aquellos mares; 6.º, mayor velocidad de la flota de Togo, cualidad que le permitió maniobrar durante todo el combate de modo que los barcos de combate concentraran sus fuegos sobre dos ó tres rusos, dejando á los demás privados de tomar parte en la lucha; 7.º, falta de unidad de mando en la escuadra rusa; 8.º, proximidad del lugar de la batalla á las costas del Japón, y enorme superioridad de los japoneses en destroyers y torpederos, pequeños barcos que casi á mansalva pudieron asestar el golpe de gracia á los derrotados rusos.

CRÓNICA DE LA GUERRA

Últimas operaciones militares.—En la noche del 29 de Agosto se recibió el siguiente telegrama del general Linevitch, expedido el día 28:

«El destacamento que operaba contra Ardagan tuvo un encuentro con el enemigo, al que le hizo 116 prisioneros, de los cuales 26 estaban heridos. Nuestras bajas fueron seis hombres».

El día 27, algunas sotnias de cosacos y tres batallones de infantería, en dos columnas, avanzaron hacia Ku-lian-tse, retirándose á la vista de fuerzas japonesas importantes, sin que se formalizara el combate. Los japoneses, en tres direcciones diferentes, marcharon hacia Tau-lu, deteniéndose al ponerse en contacto con las avanzadas rusas, situadas á unos 25 kilómetros al S. de aquel punto y 16 kilómetros al SO. Tampoco hubo combate.

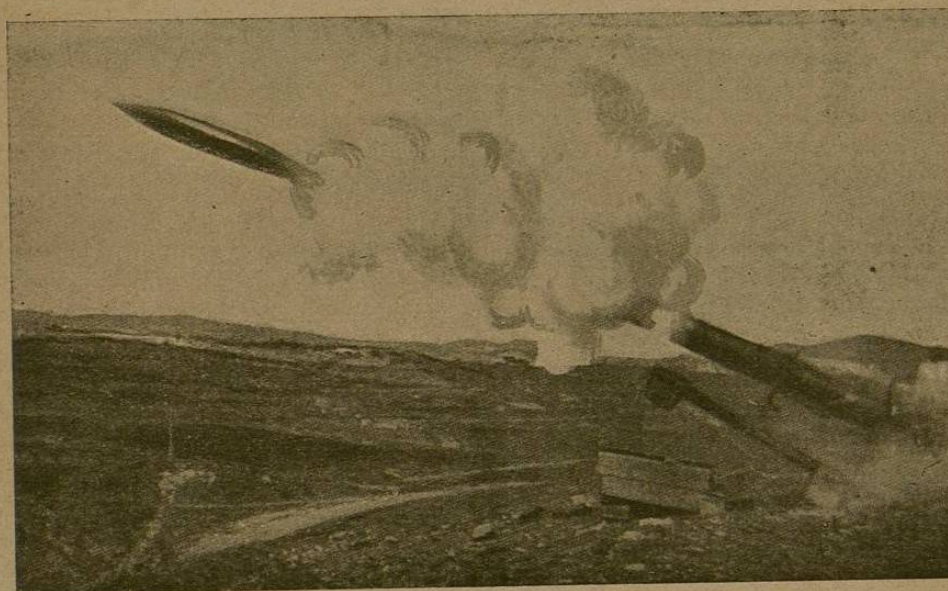
JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

8 Septiembre, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Las conferencias de la paz.—Telegramas de felicitación con motivo del término de la guerra.—Servicios de la caballería del ejército de la Mandchuria, (conclusión), por P. Krasnoff.—Las defensas de Vladivostok.—El resultado de la guerra, por el Capitán Subrio Escápula.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Disparo de un torpedo desde una de las baterías de Port-Arthur, durante el sitio de esta plaza

LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ

Puestos de acuerdo los plenipotenciarios acerca de todos los puntos sometidos á sus deliberaciones, y habiendo convenido en proceder á la redacción del tratado de paz, fueron designados para esta labor el profesor Martens, por Rusia, y Mr. Dennison, el consejero norte-americano agregado al Ministerio de Negocios Extranjeros de Tokio, por el Japón. Pero apenas ambos personajes dieron principio á sus tareas surgieron dificultades. Martens es un lingüista consumado, pero Dennison apenas entiende el francés, y en la delegación japonesa no figura nadie que posea á la perfección esta

lengua; fué menester procurarse un intérprete, para que ayudase á Dennison á poner de acuerdo primero y cotejar luego el texto francés con el inglés. Porque los plenipotenciarios resolvieron que el tratado definitivo, del que han de hacerse cuatro ejemplares, estuviese redactado en francés para Rusia y en inglés para el Japón; cualquier duda en la interpretación se resolvería con sujeción al texto francés. Zanjada la primera dificultad, sobrevino la de la falta de calígrafos, solucionada al punto por el Presidente Roosevelt. Finalmente, la compulsa de los artículos exigió no poco tiempo, porque al someter á los plenipotenciarios los borradores, cada palabra fué pesada, discu-

tida y á menudo objeto de consultas con los intérpretes.

Entre tanto los plenipotenciarios, lejos de permanecer ociosos, celebraron continuas reuniones privadas, cuyo objeto era convenir en definitiva todos los puntos de detalle que solo en principio habian sido discutidos durante las conferencias.

Solo se presentaron dos divergencias en las opiniones de rusos y japoneses. La primera se refirió á los ferrocarriles de la Mandchuria (para cuya custodia y vigilancia propuso el barón Komura se limitasen las tropas á 15 hombres por kilómetro) porque unos y otros pretendían recabar más ventajas para su nación respectiva; por fin se estudió una fórmula de concordia basada en la más estricta justicia. Más empeñada fué la discusión cuando los rusos pretendieron que el Japón no podía fortificar ni ocupar militarmente la parte meridional de Sajalin, prohibición que no rezaba con Rusia en lo relativo á la parte N.

Realmente, cuando en la sesión del día 29 los japoneses retiraron las proposiciones no aceptadas por Rusia, Vitte tuvo buen cuidado en recabar de Komura la promesa de que el Japón no mantendría en Sajalin más que las tropas estrictamente necesarias para la seguridad y policía de la isla, ni emprendería trabajos de fortificación. Komura aceptó de buen grado, y sin duda agobiado su espíritu por el paso que el Mikado le obligó á dar, contra las convicciones y sentimientos del plenipotenciario, no tuvo la previsión de invitar á Vitte para que contrajera un compromiso análogo.

Apoyándose en estos antecedentes, Vitte sostuvo que Rusia había quedado en libertad de acción para construir fuertes y mantener tropas en Sajalin, libertad á la que había renunciado el Japón. Komura no aceptó este punto de vista, y alegó que los japoneses no solo estaban comprometidos á no fortificar Sajalin, sino que así mismo dejaban abierto, libre y sin defensas el estrecho de Soya, á pesar de que lo limitaban dos territorios japoneses. La razón estaba sin duda de parte de Komura, y además la alusión al estrecho de Soya dió á comprender á Vitte que si los rusos insistían en su pretensión, los japoneses retirarían la promesa de dejar abierto el estrecho; y como este punto tiene más importancia para Rusia que el

fortificar ó no Sajalin, Vitte cedió, acordándose que el compromiso obligase por igual á las dos potencias.

Pero lo más inexplicable ó cuando menos inesperado es lo acontecido con la cuestión del armisticio. En la noche del 31 de Agosto, Vitte y Komura recibieron telegráficamente la autorización de sus soberanos para firmar el armisticio. Los cuatro plenipotenciarios se reunieron á las 11 de la mañana del 1.º de Septiembre, y convinieron y firmaron el armisticio, pero á petición de los japoneses se lo dejó sin efecto hasta que los plenipotenciarios firmasen el tratado de paz. Es decir que resuelta ésta el día 29 de Agosto, y sancionada en principio por los emperadores, los ejércitos beligerantes han podido destrozarse y empapar de sangre los campos de la Mandchuria. ¿Qué hubiera acontecido si uno cualquiera de los generales subalternos, ruso ó japonés, dando rienda suelta al disgusto que en ambos ejércitos ha despertado la paz, hubiese emprendido el ataque, comprometiendo y arrastrando detrás de sí á todo el ejército y dando lugar á una batalla general? ¿Reflexionaron los plenipotenciarios en la tremenda influencia que en la conclusión definitiva de la paz habría ejercido la victoria de uno cualquiera de los dos bandos? ¿A qué obedecía la desconfianza demostrada por Komura y Takahira? Dos explicaciones se han dado, ninguna de las cuales satisface por completo. Según la primera, los japoneses se sirvieron del aplazamiento del armisticio como amenaza para obligar á los rusos á que cedieran en sus pretensiones respecto á la fortificación de Sajalin. Pero ¿cómo iba á impresionar esta ligera amenaza á Vitte, cuando tres días antes no había vacilado en afrontar la ruptura de la Conferencia y la continuación de las hostilidades? No es creíble que un diplomático de la talla de Komura incurriera en la candidez de creer que infundiría temor á los rusos, después de la resuelta y franca actitud tomada por éstos desde las primeras sesiones. Hase dicho también que la suspicacia japonesa provenía de la frase final del manifiesto en que el Czar dió á conocer la paz á su pueblo, manifiesto teleografiado á Portsmouth en la noche del 31 de Agosto; dice así su último párrafo: «... las cuales servirán de base para estipular el tratado final de paz entre Rusia

y Japón». Esto parecía indicar que el Czar no consideraba definitivo lo acordado por los plenipotenciarios, y de aquí la reserva japonesa. Tampoco aceptamos esta explicación, porque es imposible que el Czar se retractase de la palabra empeñada, ni fuese á retirar, á última hora, las proposiciones, admitidas ya por los japoneses, debidas á su iniciativa personal. Lo probable es que la suspensión del armisticio haya sido obra exclusiva de Komura y Takahira, los cuales, acérrimos y convencidos partidarios de la guerra, dieron así lugar á que el Mikado rectificase su criterio, ó á que en el teatro de operaciones un suceso imprevisto cambiara de improviso el curso natural de la Conferencia. Felizmente no ha sido así, y Oyama y Linevitch han dado señales de más cordura que Komura. Como quiera, Vitte, con esa espontaneidad y rapidez de resolución que tan popular le han hecho en los Estados Unidos, aceptó desde luego el aplazamiento de los efectos del armisticio, pedido por los japoneses.

Y solventadas todas las dudas y desvanecidas todas las dificultades, Martens y Dennison siguieron en la delicada labor de dar forma escrita á los acuerdos de los plenipotenciarios, y éstos continuaron reuniéndose á diario.

**

Antes de examinar los móviles que indujeron al Czar y al Mikado á deponer la actitud de intransigencia en que se habían colocado, conviene dar á conocer el documento en que el Gobierno ruso hizo público, el 31 de Agosto, el feliz término de las negociaciones:

«En el mes de Junio el Czar consintió en aceptar la proposición de Mr. Roosevelt para que plenipotenciarios rusos y japoneses celebrasen una conferencia en orden á examinar si las dos Potencias podían llegar á estipular la paz. Esta importante misión fué encomendada por el Czar á Vitte y al barón Rozen, quienes recibieron plenos poderes, en virtud de los cuales pudieran, si las proposiciones japonesas fuesen aceptables, proceder á la conclusión de un tratado de paz. Acordose mutuamente que las negociaciones tuviesen lugar en territorio norteamericano.

»La primera reunión de los plenipotenciarios se celebró en Oister Bay el 7 de

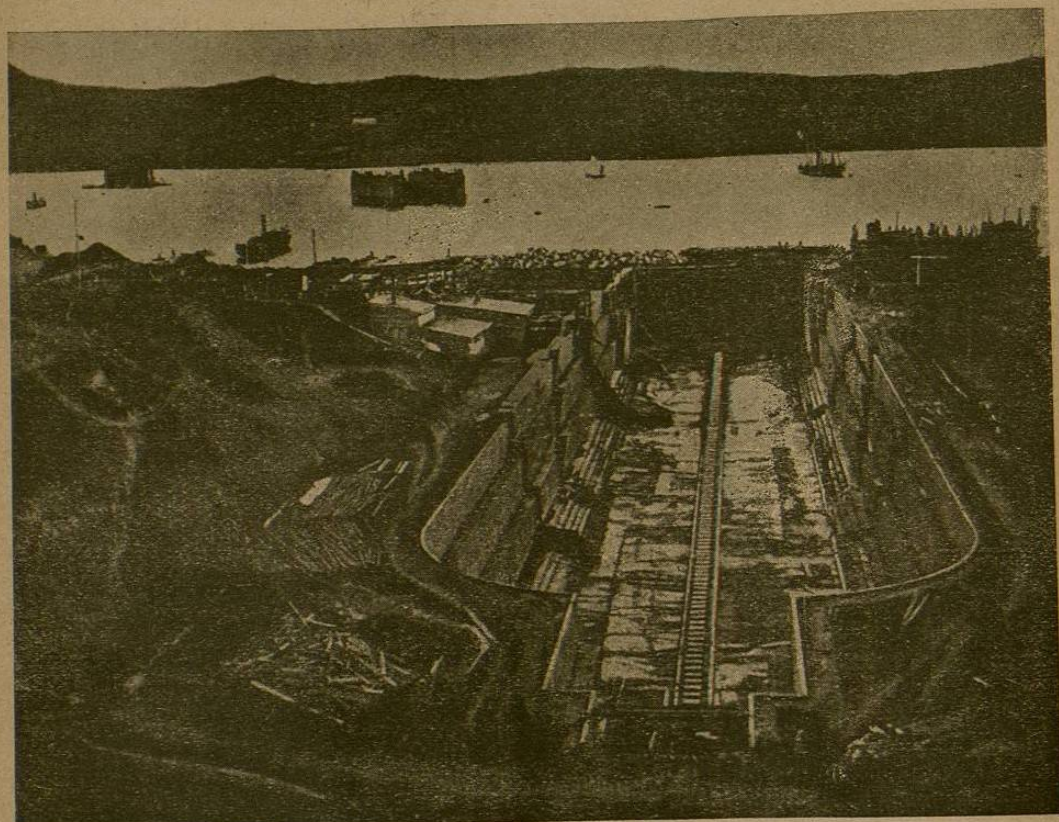
Agosto, y la Conferencia comenzó en Portsmouth el 9 de Agosto. En la segunda sesión, los delegados japoneses presentaron las condiciones de paz, acordadas en Tokio. Considerando que varias de estas condiciones eran absolutamente inaceptables, dadas las instrucciones comunicadas á los plenipotenciarios rusos, y que la redacción de otras podía ser interpretada en detrimento de los intereses rusos, Vitte propuso que se abriese detenida discusión sobre cada punto separadamente. Después de varias sesiones consagradas á esta labor, los plenipotenciarios rusos llegaron á la conclusión de que el acuerdo era imposible respecto de cuatro puntos, por lo cual los delegados japoneses expresaron el deseo de pedir nuevas y complementarias instrucciones á su Gobierno, con objeto de buscar una solución satisfactoria á las serias dificultades que habían surgido.

»Después de haber comunicado con Tokio, los delegados japoneses declararon que renunciaban: 1.º á la limitación de las fuerzas navales rusas en el Extremo Oriente; y 2.º á la entrega de los barcos internados. Continuaron, sin embargo, exigiendo la cesión de la isla Sajalin, y, en especial, el pago de una indemnización de guerra. De acuerdo con las instrucciones recibidas, los plenipotenciarios rusos rechazaron positivamente ambas demandas, declarando que no podían continuar discutiendo las demás condiciones de paz si el Japón insistía en el pago de los gastos de la guerra.

»Tomando en consideración el hecho de que en tal caso las negociaciones solo podían conducir á una ruptura, Mr. Roosevelt decidió dirigirse al Czar, por mediación de Mr. Meyer, Embajador de los Estados Unidos en San Petersburgo, apelando á los humanitarios sentimientos de Su Majestad para que aceptara una nueva proposición japonesa, encaminada á evitar nueva efusión de sangre. Esta proposición consistía en que Rusia, en vista de la situación actual de Sajalin y del desembarco de los japoneses en la isla, cediese al Japón la parte meridional, que hasta 1875 había pertenecido á los japoneses, y rescatara la parte Norte mediante el pago de 1.200 millones de yens. Su Majestad expresó á Mr. Roosevelt su gratitud por los esfuerzos del Presidente en favor de la paz, pero significó que no era

posible aceptar la proposición referida, que era *de facto* equivalente al pago de una indemnización.

»Cuando los plenipotenciarios rusos informaron de esta resolución de Su Majestad á los delegados japoneses, estos declararon, en la sesión del 29 de Agosto, que, de acuerdo con las instrucciones recibidas de su Gobierno, renunciaban á su petición del reembolso de los gastos de guerra, pero reclamaban la parte Sud de Sajalin, com-



El dique de Vladivostok

prometiéndose á no adoptar medidas militares en la isla, ni á construir fortificaciones, y á dejar abierto el estrecho de La Perousse. Después que estas declaraciones fueron inscriptas en el protocolo, terminó la Conferencia de los delegados en lo que concernía á las cuestiones preliminares de la paz, las cuales servirán de base para estipular el tratado final de paz entre Rusia y Japón.»

Aunque este documento no revela ningún hecho que no fuera sobradamente conocido, merecen notarse dos puntos, á saber: la declaración oficial de que el Presidente

Roosevelt fué tenido al corriente de las sesiones, de modo que éstas no se celebraron únicamente entre las dos potencias, con *exclusión*—según rezaban las notas circuladas antes de la Conferencia—de todas las demás, sino que medió directa ó indirectamente el Presidente de la Unión americana, y que aquella frase, *con exclusión*, no fué más que un medio diplomático para descartar á la China. Y en segundo lugar se nota que á Komura y Takahira se les designa

con la voz *delegados*, y con la de *plenipotenciarios* á Vitte y Rozen; detalle insignificante, pero que tiene su razón de ser. Recuérdese, en efecto, que antes de la reunión de los representantes de las dos potencias, la prensa japonesa y los personajes japoneses encargados de misiones importantes en los países extranjerros, dijeron repetidamente que no serían admitidos los poderes de los enviados rusos si no tenían el carácter de plenipotencias, mediante las cuales pudiesen, sin necesidad de consultas á su Gobierno, resolver por sí mismos: golpe dirigido contra los grandes duques y pa-

laciegos que rodean al Czar, y los cuales eran tenidos como decididos partidarios de la guerra. Quien exigía que su rival ostentase plenos poderes, parecía natural que los otorgara también plenos á sus representantes; pero como se vió el día del canje de esos poderes, eran ilimitados y absolutos los de los rusos, y restringidos los de los japoneses, quienes no podían resolver nada que se apartase de las condiciones acordadas en Tokio, sin previa consulta á su Gobierno. Si los papeles se hubiesen trocado, los japoneses, rechazando los poderes de los rusos, hubieran retrasado el comienzo de la Conferencia. Sin embargo, los rusos aceptaron los limitados poderes de sus rivales, y demostraron de esta suerte, con hechos, que estaban animados de mejores deseos que los japoneses, y que iban á la conferencia de buena fe y sin abrigar ocultas intenciones. Véase, pues, como aquel detalle tiene más importancia de la que podría creerse, y descubre que las instrucciones dadas á Vitte, y que éste cumplió de un modo tan sobresaliente, recomendaban la política franca y generosa frente á la desconfiada y cautelosa del Japón.

* * *

El Presidente Roosevelt ha sido el iniciador de la Conferencia de la paz, y á sus gestiones personales se debe una parte, no la mayor ni mucho menos, del éxito obtenido. No quiere decir esto que le regateemos la gloria que legítimamente le corresponde, pues sin su iniciativa aún continuaría la guerra con todos sus horrores. Alemania é Inglaterra han ejercido también influencia en el resultado obtenido.

De todos es sabido que así como Komura representaba en el Japón el partido de la guerra, Vitte personificaba en Rusia el de los partidarios moderados de la paz; de aquí que el nombramiento de los dos fuese unánimemente interpretado como síntoma de que Rusia se declaraba vencida, y creyese el Japón en la facilidad de imponer la ley del vencedor. Pero Vitte al salir de Rusia desechó toda opinión política, y se condujo como patriota y como fiel súbdito del Czar. No obstante, la opinión pública no andaba descaminada.

El desastre del mar del Japón produjo una impresión abrumadora en el Czar; poco

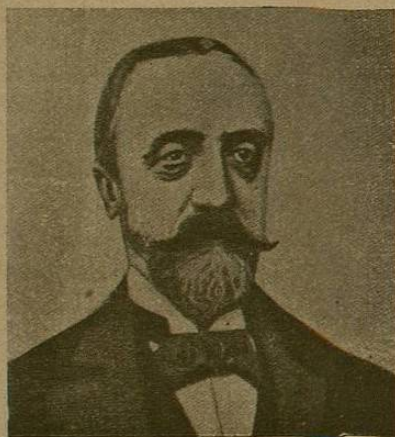
después la campaña anti-rusa de la prensa internacional llegó al máximo de violencia; fueron propaladas noticias estupendas acerca del poderio militar del Japón y de los propósitos de conquista de este imperio; y un grupo de especuladores provocó una baja de los fondos rusos. Coincidió con este estado de cosas la bochornosa sublevación de una parte de la flota del Mar Negro, y temióse durante un momento que la intranquilidad que se observaba en varios puntos de Rusia degenerase en abierta insurrección. De esta suerte, la iniciativa del Presidente Roosevelt no pudo ejercerse en condiciones más propias para llegar á la paz, pero tampoco en condiciones más desventajosas para Rusia. Ocupada casi enseguida Sajalin por los japoneses, y sin barcos Rusia, pareció sellada la suerte de la isla. Y en efecto, el Czar, al despedir á Vitte le autorizó á que, en último término entregase la isla, pero en modo alguno aceptase el pago de una indemnización de guerra, á menos que se le autorizara más adelante de un modo categórico.

La entrevista de Biorkoe cambió la situación. El Kaiser, para quien el peligro amarillo es una verdadera obsesión—probablemente es el único soberano que lee con claridad en el porvenir—aconsejó al Czar que no cediese, y le prometió el apoyo financiero de Alemania y el auxilio de su diplomacia frente á la inglesa. Claro es que con la continuación de la guerra, Alemania lejos de perder, salía beneficiada. Lo cierto es que ya en camino Vitte se le telegrafiaron nuevas instrucciones, ordenándole que no aceptara el pago de una indemnización, ni la cesión de Sajalin, y recomendándole de nuevo que procurase hacer recaer sobre los japoneses la responsabilidad del fracaso de la Conferencia.

Los despachos del general Linevitch, que descubrían un optimismo no abrigado desde el principio de las operaciones, nuevas y más exactas informaciones de la fuerza militar del Japón, y la prueba material de que los reservistas japoneses no tenían la cohesión ni el espíritu de las tropas de primera línea, dieron inusitada fuerza al partido de la guerra, que cobró grandes alientos cuando el pueblo ruso, después de dieciocho meses de campaña, comenzó á percatarse de los peligros que tendría el triunfo del Ja-

pón, y la guerra impopular y á la que siempre se había prestado una atención secundaria, comenzó á adquirir carácter nacional, extendiéndose la idea de que en ella iba envuelto el honor de Rusia.

Todo indicaba, por consiguiente, que las sesiones de Portsmouth no conducirían á nada práctico; y efectivamente hubiesen terminado en una sonada ruptura á no haber mediado obstinadamente Mr. Roosevelt. Sus repetidas apelaciones al Czar dieron por resultado que este transigiese en algo y se resignase á perder la mitad de Sajalin, ó para expresarnos con más propiedad, restituirla á sus legítimos dueños. Pero, según dijimos en otra ocasión, ni el Czar, ni ninguno de los personajes que le rodean cre-



Barón Rozen

yeron que esta proposición sería aceptada por el Japón; debe verse pues en la rectificación parcial de la conducta del Czar el deseo de demostrar su aprecio y consideración á Mr. Roosevelt, y el propósito de despertar en los Estados Unidos, y en general en todo el mundo, una corriente de simpatía hacia Rusia; no el deseo de llegar á la paz. En aquellos mismos días fué decretada una nueva movilización, y otros 150.000 hombres se aprestaron á partir al teatro de la guerra. Además, el conde Lamsdorff, por orden del Czar, telegrafió á Vitte para que rompiese definitivamente las negociaciones si los japoneses no aceptaban el último acuerdo de Rusia. Esto acontecía el día 28 de Agosto. Pero al día siguiente, 29, el Japón se conformaba con la proposición rusa, la cual hecha *pro formula* y sin intención de que sirviera de base á la paz, es la que ha

puesto término á la guerra. Si su aceptación dejó sorprendido á Vitte, más sorprendió á su soberano y á toda Rusia, que encontró la paz cuando más lejos de ella creía estar.

Lo más asombroso del caso es que siendo partidarios de la guerra casi todos los personajes de la Corte, y el mismo Czar, éste mantenga en el importante cargo de Ministro de Negocios Extranjeros y otorgue toda su confianza al conde Lamsdorff, que participa de las ideas de Vitte. Hasta el día 26, Lamsdorff invitó al Monarca para que hiciese alguna concesión pecuniaria y no rechazara de plano la demanda de indemnización de guerra. Y es posible, aunque no se ha comprobado, que la proposición de Mr. Roosevelt para que Rusia rescatara por una cantidad alzada la mitad Sud de Sajalin, fuese ardentemente defendida por Lamsdorff. Este personaje no solo perseguía la obtención de la paz, sino que iba más lejos, pues su deseo era estipular un tratado de alianza con el Japón, que sustituyera al anglo-japonés, próximo á expirar, que tan fatal fuera á los rusos; Lamsdorff, y lo mismo Vitte, considera á los japoneses enemigos de ocasión, y cree que las fuerzas del Imperio deben reservarse para luchar contra la Gran Bretaña, el enemigo tradicional y eterno de Rusia. Combatido por influencias tan opuestas, el Czar demostró mayor perspicacia que su ministro de Negocios Extranjeros, porque la paz se ha firmado en mejores condiciones que las propuestas por éste; y el tratado de alianza con el Japón era imposible, por cuanto ya esta potencia había firmado el 8 de Agosto la renovación de su alianza con la Gran Bretaña, según se ha sabido después.

Esto por lo que respecta á Rusia. Volvamos ahora la vista al Japón, donde el proceso de las negociaciones que han conducido á la paz ha sido mucho más complejo.

* * *

También en el Japón, como en Rusia, se agitaban dos partidos: el de la guerra á *outrance*, que no terminase sino con el vencimiento absoluto de Rusia y aumentara la extensión territorial del Japón y le indemnizara ampliamente de todos los gastos de la guerra; y el que deseaba limitar el alcance de la lucha á la consecución de los fines perseguidos antes del 8 de Febrero de 1904,

y tendía á no convertir á Rusia en un enemigo irreconciliable, comprendiendo que, de ocurrir tal cosa, á la corta ó la larga el Japón expiaría amargamente su soberbia. El mejor estadista del Japón, el marqués Ito, dirige este último partido, y aunque el Ministerio actual está compuesto de hombres que pertenecen al primero, es notorio que en las gestiones diplomáticas que precedieron á la ruptura de las hostilidades y en la primera parte de la campaña, las opiniones de Ito pesaron con fuerza incontrastable. Pero como las victorias envanece á todos los pueblos y les hacen perder la se-

la guerra salían beneficiados, habían perdido toda noción de la realidad, y no consideraban posible otro término á las operaciones militares que el que quisieran dictar Oyama en Yrkutsk y Togo en el Báltico. Ni la prensa, ni esos personajes conocían que el Japón estaba sin dinero y exangüe, ni podían comprender que las futuras victorias de Oyama serían muy dudosas y discutibles. A todo evento contábase con el patriotismo innegable de la nación, presta á realizar los mayores sacrificios dentro de sus fuerzas.

En resolución, se presentaba al Mikado el siguiente dilema: paz inmediata, sin in-



Maestrando caballos japoneses cogidos por el 51.º regimiento de dragones

renidad, especialmente si son jóvenes ó han llegado recientemente al concierto de las naciones, los lentos pero continuos avances de Oyama y los éxitos de Togo fueron atribuidos en el Japón á la fuerza irresistible del ejército y marina, y se les dió un alcance incomparablemente mayor del que realmente tenían. Poco á poco los consejos de Ito fueron cada vez menos escuchados, hasta que, finalmente, el agotamiento financiero del Japón, el estado del ejército y el tesón demostrado por Rusia, fueron parte á que se solicitaran de nuevo las prudentes opiniones de Ito. Pero la prensa y los personajes más vocingleros, es decir, los que en vez de sufrir quebrantos con motivo de

demnización de guerra y adquiriendo solamente la mitad de Sajalin; ó continuación de la guerra hasta sojuzgar á Rusia. Ambas soluciones adolecían de inconvenientes de consideración. La paz, tal como se ha estipulado, no ofrecía al Japón otras ventajas materiales que recobrar territorios que nunca fueron de Rusia, pero que esta potencia arrebató por medio de habilidades diplomáticas; y para obtener tan mezquino resultado, el Japón había perdido 200.000 hombres, estaba arruinado, y echó sobre sus hombros el peso abrumador de enormes empréstitos exteriores. En compensación, la paz en estos términos significaba un triunfo, pequeño si se quiere, para el Japón, mientras